

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.49-MAYO 2024

**María, Madre
y Maestra**
ALMA MARIANA

**S. Bernardino
de Siena**
TESTIGOS DE
LA INMACULADA

**El Reinado
de María**
TOTUS TUUS

*"Yo soy
del Cielo..."*





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 49
Mayo 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

«Recibe en tu casa a María, tu mujer»



07

ALMA MARIANA

María, madre y maestra



08

VICTORIAS DE MARÍA

Medetashi seico, María



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Bernardino de Siena



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Cuarto mandamiento



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

El Reinado de María



16

REINADO DE CRISTO

«Si conocieras el don de Dios...»



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en Pentecostés





El mes más bello

Mayo. El mes más bello para la criatura más deliciosa y bella. De ordinario, mayo y Pascua coinciden. La Pascua es toda una primavera espiritual, el despliegue más brillante de las maravillas obradas por Dios.

La vida perdida en Adán la volvemos a encontrar en Cristo. Así como en el primer Adán todos pecamos, en este segundo Adán, Jesucristo, Cabeza de la humanidad redimida, todos morimos al pecado y resucitamos con Él.

Eso es María: el tipo del hombre nuevo redimido en Cristo; la nueva creación perfecta, la obra maestra de Dios, recreada de nuevo por Él, según la imagen del Hijo bien amado, en la justicia, santidad y verdad: la nueva criatura, aquella que el día de la Inmaculada recibió las primicias de la Redención de Cristo de modo abundantísimo, en previsión de su futura Maternidad.

Celebrar la Pascua quiere decir poseer en germen lo que un día será posesión real y jubilosa. Esta Pascua que ahora celebramos culminará para nosotros con

la muerte, la resurrección y el encuentro definitivo con Cristo.

En mayo, festejando a nuestra Madre, sigamos su ejemplo, primicia de la Pascua de Cristo. Ella nos alienta, es el fin de sus visitas a este mundo, a emprender una nueva tarea: ¡Vivir la Pascua!

Vivir la verdad de la Resurrección, como nos exhorta San Pablo: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios: Saboread las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra» (Col 3, 1).

Cantemos con el corazón rebosante de júbilo el «Venid y vamos todos, con flores...».

¿Te fijas? Con flores, no con espinas. Arranquemos toda espina al rosal de cada día y espina es la gama variadísima del pecado que va desde el pecado grave, pasando por la falta venial voluntaria, hasta el desamor que supone una vida egoísta y fría, falta de generosidad y entrega. Alejemos de nuestras horas todo aquello que desdiga de la vida de un resucitado.

A ello se concreta el celo de su Inmaculado Corazón, para nosotros sus hijos queridos: «Alejad la vieja levadura para ser masa nueva como sois ázimos, porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolado. Así, pues, festejémosla, no con la vieja levadura, no con la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ázimos de la pureza y la verdad». (Cf. 1 Co 5, 7)

Prometamos ahora mismo a la Virgen qué espina vamos a arrancar, qué defecto vamos a corregir, qué pecado vamos a evitar. Prometamos, ahora mismo a Nuestra Madre qué virtud vamos a practicar, que obsequio diario le vamos a ofrecer, en honor a la Señora.

Este es el mes de las flores y el de la Flor, el de la Pascua y el de la Pascua Florida: María. Hagamos del mes más bello del año, el mes de las grandes realizaciones en Cristo.

Recemos: Oh Dios, que os dignasteis alegrar al mundo con la resurrección de Jesucristo, vuestro Hijo, concedednos que con su Madre, la Virgen María, podamos llegar al gozo de la vida eterna.

MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«Recibe en tu casa a María, tu mujer» (Mt 1, 20)

«**E**staba pensando en esto, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no tengas ningún reparo en recibir en tu casa a María, tu mujer, pues el hijo que ha sido concebido en Ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”... Cuando José despertó del sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió en su casa a su mujer». (Mt 1,20-21.24)

Aunque el relato de San Mateo trate de la «Anunciación a José», no hay duda de que es también muy importante para una mejor comprensión del misterio de María, en el contexto de la Encarnación. Si no contáramos más que con la narración lucana de la «Anunciación

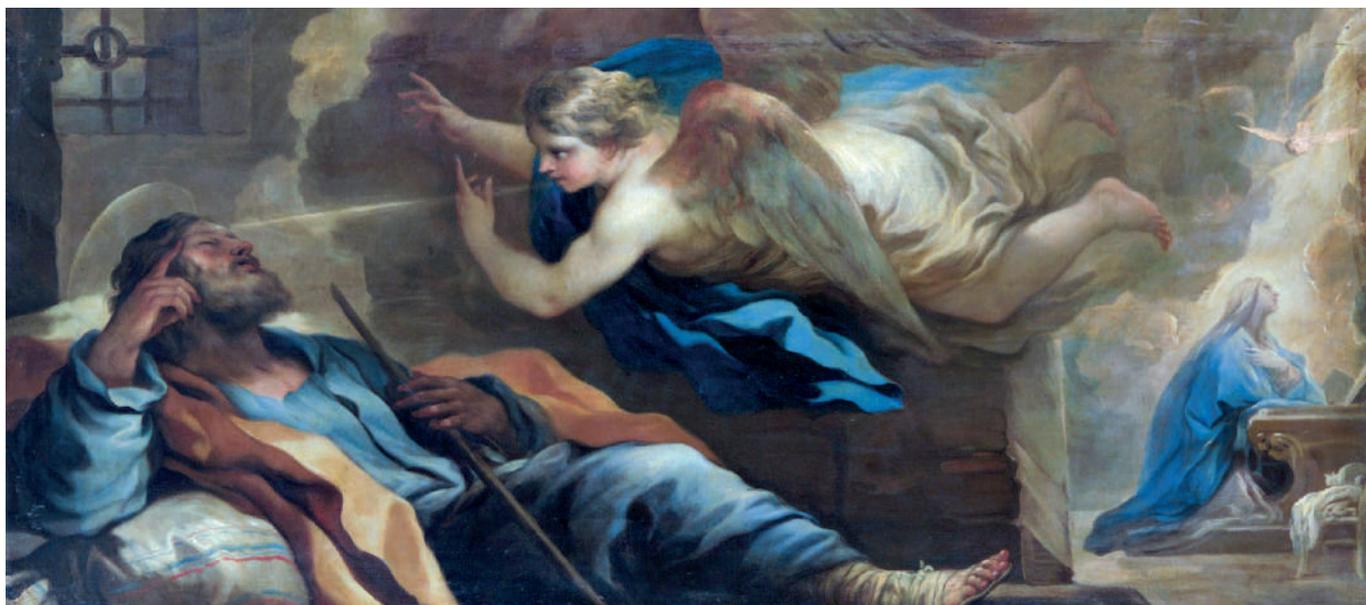
a María», tendríamos ciertamente un relato muy hermoso, pero falto de realismo. Porque María iba a ser madre; y si esto tuviera lugar fuera del contexto del matrimonio, entonces, inevitablemente, su hijo sería considerado más tarde como un hijo natural.

Partiendo de estas dificultades concretas comprendemos mejor la significación providencial del matrimonio de María y la misión extremadamente importante y delicada que San José había de cumplir en él. Porque, aunque el hijo no iba a nacer de unas relaciones conyugales normales entre María y José, éste era, sin embargo, el esposo legítimo de María, y debía cumplir en el matrimonio la tarea de padre legítimo del hijo de María.

En el registro civil María es la esposa de José, como recuerda también el último eslabón de la cadena genealógica que el evangelista San Mateo sitúa en el comienzo de su evangelio: «Jacob [fue padre] de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es el Mesías» (1,16).

José es repetidamente presentado como esposo de María: en 1,18 se dice que «María, su madre, estaba desposada con José, y, antes de que vivieran juntos, se encontró encinta»; el ángel exhorta a José: «No tengas ningún reparo en recibir en tu casa a María, tu mujer» (1,20); al final se narra que «José hizo lo





que le había mandado el ángel del Señor y recibió en su casa a su mujer» (1,24), la cual, «sin haber tenido relaciones, María dio a luz un hijo» (1,25).

Con respecto a este episodio es necesario evocar un dato socio-cultural del antiguo Israel: El matrimonio comportaba un contrato preliminar que contenía la solicitud formal de la mujer con la que se quería contraer matrimonio, dirigida al padre de la misma; el contrato era estipulado en la casa de la futura esposa. Este acto era algo más que una declaración de noviazgo, era una verdadera primera fase del matrimonio. La mujer se convertía ya en esposa, aunque todavía no pasaba a formar parte del nuevo clan. El matrimonio era llevado a plenitud en un segundo momento, a distancia de un año aproximadamente.

José se encuentra precisamente en esta posición intermedia de esposo de María cuando recibe el anuncio del ángel.

¿Conocía José ya de labios de María el misterio de su futura maternidad y el ángel interviene sólo para ayudarle a superar la modestia y el respeto sagrado hacia aquella generación del Espíritu Santo? La frase del ángel tendría, en este

caso el siguiente valor: «No dudes en casarte con María aun sabiendo que está encinta por obra del Espíritu Santo». Nosotros, siguiendo a San Bernardo y otros eminentes teólogos, lo creemos así. Otros, en cambio, han interpretado que San José duda de la génesis de la maternidad de María. Y en este otro caso, la frase explícita del ángel sería: «No temas casarte con María porque su maternidad tiene origen divino».

Términos difíciles:

Leemos: «José, su esposo, como fuese *justo* y no quisiese *revelar* (su misterio), resolvió *separarse de ella* secretamente».

La respuesta dependerá en buena medida de cómo se expliquen estos tres términos difíciles del versículo 19, de acuerdo a las palabras del original griego:

- Justo: El término *dikaios* como «justo ante Dios» no se toma en el sentido restringido de una observancia minuciosa de la Ley judía, sino en el sentido de un respeto total por la Voluntad de Dios y por su acción en nuestra existencia. Podríamos, pues, describir así la actitud de José: es Dios quien actúa aquí; debo dejarle obrar; es preciso que yo me retire. En una palabra: si José decide apartarse de

María, ello se debe a un sentimiento de respeto y de temor religioso ante el misterio de Dios.

- Revelar: *Deigmatizô* puede significar «dar a conocer», «sacar a luz», «hacer visible, manifiesto», sin resonancia negativa alguna. Si con frecuencia le acompaña una resonancia peyorativa depende únicamente de *lo* que se da a conocer. Si el verbo se utiliza en un sentido negativo porque lo que se revela es algo vergonzoso. Pero no tiene por qué ser así. Cuando un místico, por ejemplo, se decide a revelar su experiencia de Dios, su revelación contribuye a la edificación del pueblo de Dios. Y si duda en «sacar a relucir» lo que ha experimentado, es por temor religioso y por discreción; prefiere guardar el secreto.

- Separarse: «*Apoluô*». El verbo puede significar simplemente «dejar libre», «dejar ir», pero puede también tener el sentido de «despedir», y especialmente, se dice en el sentido de «deshacer, romper el vínculo del matrimonio» y podría significar «repudiar», «divorciar». Pero no tiene ciertamente este significado en nuestro pasaje, puesto que el divorcio es un acto público, ante testigos, y aquí el verbo se halla acompañado por el adverbio «secretamente».

La «duda» de José: Este es el término que habitualmente se emplea para expresar el estado de ánimo de José ante el anuncio del ángel. No ha de entenderse, ciertamente, en el sentido de que José se pregunta si María es o no culpable. Esta alternativa no procede, no cabe, por parte del «Justo» José. Se trata, más bien, de una «duda», de una indecisión acerca de lo que él debe hacer. ¿Cómo ha de comportarse él, el esposo de María, en la situación excepcional en que se encuentra su mujer?

Lleno de temor religioso ante *el misterio* que se había realizado en María, su esposa, en quien el Espíritu Santo había obrado grandes cosas, José no ve en este momento otra salida que retirarse discretamente, en secreto. Así se desvanece por completo la idea misma de una denuncia. Pero, en este momento decisivo, interviene Dios por medio del ángel.

El ángel se aparece en sueños a José y le transmite la misión divina: «No temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues, *ciertamente*, lo concebido en Ella es obra del Espíritu Santo...»

El ángel sale al paso de esta dificultad, dándole una orden de parte de Dios: *sin duda*, el hijo que ha sido engendrado en su seno viene del Espíritu Santo; y él, José, ha de recibir en su casa a María, su esposa y aceptar la doble misión de esposo y padre. En otros términos: el ángel dice a José: «Aunque sea verdad, como tú bien sabes, que lo que se ha engendrado en María es obra del Espíritu Santo, ella te dará un hijo, y eres *tú* el que debes darle nombre a este niño». La misión de José será hacer las veces de padre para este niño, y ello a pesar de que no es hijo suyo.

Lamentablemente, en muchas traducciones, por el contrario, se da a entender que el anuncio del ángel tiene por objeto *revelar* la

concepción virginal a José, el cual, por consiguiente, *nada sabía de ella*: «José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella *es obra del Espíritu Santo*... ¡No es eso!

Luego el Evangelista añade la cita de la promesa mesiánica de Isaías (7,14) que se cumple en María: «La virgen encinta da a luz un hijo a quien ella pondrá el nombre de Emanuel, que significa Dios con nosotros» (1,23).

Una nueva dificultad encontramos en el relato evangélico. El final de la narración de la anunciación a José, literalmente suena como sigue: «José tomó consigo a su esposa y no la conoció hasta que no dio a luz un hijo, que él llamó Jesús» (1,24-25). A tenor de esta formulación no quedaría excluida la existencia de otros hijos posteriores de María y de José. Y al hilo de esto, surge el segundo aspecto, el de los así llamados «hermanos» de Jesús (*Mt* 12,46-50; *Mc* 3,31-35; *Lc* 8,19-21).

Pero vamos a explicarlo:

En griego, la fórmula «hasta que» de por sí se contenta con describir, negar o afirmar lo que precede a un determinado evento, el nacimiento de Jesús en este caso. El valor de la paráfrasis sería, entonces, el siguiente: «María, *sin que* José la conociese, dio a luz un hijo...». San Juan Crisóstomo argumenta: «La expresión *hasta que* no debe en ningún caso inducirnos a pensar que José la haya conocido después. Estas palabras nos indican que él no la conoció antes del divino Nacimiento. El evangelista se sirve aquí de dicha expresión para garantizar aquello que sucedió antes del nacimiento de Jesús».

La cuestión de los «hermanos» de Jesús, aluden a los «parientes» del Señor.

San Jerónimo afirma la virginidad perpetua de José: «José permaneció virgen en función de María, con el objeto de que de un matrimonio virginal naciera un Hijo virgen... Nosotros concluimos que permaneció virgen junto con María aquel que mereció ser llamado el padre del Señor».

En María es el Señor el protagonista y la virginidad es la expresión de este primado. Cristo no surge de semilla humana o del amor humano que une a José con María, sino del amor supremo de Dios.

La virginidad de María no es óbice para que entre los dos esposos existiera un verdadero matrimonio jurídico, el vínculo delicado de la ternura, el lazo de la unión intensa de los corazones.

San José amó a María como nadie, si exceptuamos a Jesús, la ha amado siempre. ¡Era tan digna de ser amada! Y el corazón de María le correspondió con ternura virginal.

María es el modelo de la virginidad cristiana, que San Pablo exalta como donación total a Dios (*1Co* 7,29-35), pero es, asimismo, junto con José y Jesús, el emblema de las virtudes familiares, del afecto profundo, de la comunión de personas que, al unísono, construyen la historia del hombre.

El relato de San Mateo nos muestra, además, cuál debe ser la manera cristiana auténtica de *acoger* con espíritu de fe este misterio de la concepción virginal de María. Como San José, el esposo de María, con una actitud de fe, de humildad, de respeto. Y así, su comportamiento se hace modélico para *todos* los creyentes, particularmente en nuestros días en que, con demasiada frecuencia, no se habla de la concepción virginal y de la virginidad de María más que para ponerlas en duda. El ejemplo de José nos invita a reconocer aquí el *misterio* de la acción de Dios en María.



María, MADRE Y MAESTRA

Cuando pensamos en María, la vemos siempre como «Madre». Aquella a quien invocamos con confianza filial en nuestras luchas y apuros de cada día. En el camino de la fe, María es también «Maestra». Maestra de interioridad, de silencio, de escucha, de confianza y respuesta fiel. Ella siguió a su Hijo hasta los pies de la cruz y, después de la resurrección, acompañó a la Iglesia naciente a Pentecostés. Como primera discípula de Cristo, es el mejor testimonio y la mejor maestra.

El P. Molina nos dice:

«Cristo está lleno de María y María está llena de Cristo.»

María —dice Santo Tomás— está incluida en Jesús”. El que prescinde de María no puede conocer a Jesús. El que conoce a Jesús conoce a María. Conocer a Jesús implica conocer que es Hijo de María.

María es santificada y santificadora. Santificada por Dios, es asumida por Dios como instrumento para santificar.

Estudiar a Jesús es estudiar a María y estudiar a María es estudiar a Jesús.

La voluntad de Dios ha establecido vínculos tan estrechos entre Jesús y María que Jesús y María fueron decretados por Dios con un mismo y único decreto de predestinación.

La paternidad de Dios Padre y la Maternidad de María vienen a ser las dos caras del único misterio de la encarnación. Si lo contemplo desde Dios, lo llamo Dios se encarna; y si lo contemplo desde María, lo llamo el hombre se deifica.

La maternidad de María no se agota en la concepción de Jesús y en sus darle a luz. La maternidad de María solo se concluye cuando la vida de Jesús haya sido conducida a su plenitud. Y esto será en la segunda venida de Jesús.

María es Madre de Jesús no solo porque le concibe y le da a luz, sino también porque ella va haciendo su desarrollo y va configurándolo con su educación.

María educó a Jesús no para la gloria y el triunfo, sino para el servicio en la humillación. María se definió como “la esclava”. María sabía que Jesús era el “esclavo

sufriente” anunciado: para esa esclavitud de servicio por amor educó a Jesús.

Esta educación de María penetró hondamente en Jesús niño y adolescente. Y esto por dos razones: El Magisterio de María, perfecta maestra, tenía fuerza penetrativa. Y Jesús, perfecto discípulo, poseía docilidad y ductibilidad.

María va conduciendo a Jesús, ayudando a Jesús desde su infancia de niño débil e incapaz hasta su plenitud humana de hombre. Dios apto para su misión de redentor. A María se debe también que “el Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría” (Lc 2, 40).

Eso fue la Sagrada Familia: la historia de la acción de María configurando a Jesús. Tiene por lo tanto valor decisivo para la salvación. La salvación tuvo su origen en el seno de una familia».

Medetashi seico, María

(DIOS TE SALVE, MARÍA)



Con el Espíritu Santo siempre está María en medio de su pueblo. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1, 14) y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. También en nuestros días a Ella se debe, principalmente, la eficacia apostólica de muchos misioneros.

La Madre S. Bandouin, después de echar una última mirada sobre las japonesitas paganas que salían del colegio y jardín de la infancia camino de sus casas, volvió a entrar en el edificio. Pensativa y con una mirada de tristeza empezó a recoger y ordenar las diminutas sillas.

Durante los tres años empleados en la educación de aquellas almas infantiles, nunca había conocido el desaliento. Parecía haber venido a este mundo para actuar en aquel ambiente infantil. Era el mismo que soñaba cuando estudiaba en la Universidad de Lovaina y pensaba con su vida de misionera, mirando alguna acuarela japonesa. Con infinita paciencia había estudiado aquellos cincuenta mil *canjis* —letras—, y asimilado los mil detalles de delicadeza, imprescindibles para llegar al alma japonesa.

El motivo de su tristeza: la muerte de una de sus pequeñas, ocasionada por una pulmonía la noche anterior. Había notado la ausencia, desde hacía dos días, de la pequeña Susuko. Si se hubiera informado mejor, habría ido a visitar a la enfermita para abrirle el camino del cielo con el bautismo.

Madre S. Bandouin se volvió hacia el cuadro de Nuestra Señora de Lourdes y le dijo con tono de reproche: «Madre mía, ¿cómo no has abierto el jardín del cielo a una pobre paganita de cuatro años?».

Al día siguiente, mientras arreglaba una vez más la sala que las niñas acababan de dejar, entró una mujer y, después de numerosos saludos, que la religiosa devolvió

con la minuciosidad de la etiqueta japonesa, le dijo:

—Enséñame a *María Sama*.

—¿La conoces?

—No, pero soy la madre de Susuko y mi corazón me dice que tenga esperanza.

—Explícate, por favor.

—Durante los días de su enfermedad, mi hija no ha dejado de cantar palabras extranjeras, las que enseñas en *Tatujisko*.

—¿Cuál? ¿La «queja de los cerezos»? ¿la «danza de las mariposas»?

—No, no. Le gustaban mucho a mi hija, pero ella cantaba palabras extranjeras llamando a *María Sama*. Y a pesar de que ardía por la fiebre y se ahogaba, Susuko ha muerto sonriendo. ¿Es el rostro de *María Sama* muy dulce? Por favor, enséñame a *María Sama*.

—Sí, pobre madre, voy a enseñarte a la dulce *María Sama* y ella te hará encontrar a nuestra pequeña Susuko. Pero antes te ruego que me repitas las palabras que decía la niña.

—No las he olvidado. Solamente tres: *Medetashi seico*, *María* (Dios te Salve, María).

—*Llena de gracia* —continuó la Madre S. Bandouin arrodillándose delante de Nuestra Señora de Lourdes, con el alma llena de agradecimiento y alegría.

No se le había ocurrido pensar en la posibilidad del bautismo de deseo. ¿Cómo no iba a abrir el paraíso al alma de una niña que moría llamando a la Virgen, que es «Puerta del Cielo»?





San Bernardino de Siena,

EL CANTOR DEL NOMBRE DE MARÍA

.....

Cuando parecía que «se había acabado el vino» de la virtud y de la gracia, y la cristiandad, decadente, miraba al paganismo, una figura especialmente elegida se levantó: San Bernardino de Siena.

Toda su vida estuvo bajo el manto protector de la Reina de los Cielos, según lo contaba él mismo:

«Nací el día de la Natividad de la Bienaventurada Virgen, y el mismo día renací al entrar en la Orden del Seráfico Padre Francisco; en ese día profesé los votos en la Orden, en ese día celebré la primera Misa y le hice el primer sermón al pueblo sobre la Bienaventurada Virgen, de cuyo amor y gracia espero en ese día también marchar de esta vida».

.....

San Bernardino nació en Massa, cerca de Siena (Italia), en 1380, de la noble familia de los Albieschi. Cuando había recibido ya una formación completa en las ciencias eclesiásticas, vistió el hábito de San Francisco en 1402. Apenas recibida la ordenación sacerdotal en 1404, fue uno de los mayores predicadores populares del siglo XV, culto a la vez que cercano, con la elocuencia del corazón, en unión a la realidad, haciéndose pequeño con los pequeños y, si es necesario, docto con los doctos, pero siempre llanamente, fue el método con que llegó al alma del pueblo.

Gran difusor del anagrama del nombre de Jesús y de la Santísima Virgen, de la que fue tierno devoto. Dejó numerosas obras de teología y de ascética. Contribuyó eficazmente a la reforma de las costumbres, y también de su Orden. Murió en Áquila el 20 de mayo de 1444. Fue canonizado por el Papa

Nicolás V, el 24 de mayo de 1450, solo seis años más tarde.

El culto mariano de San Bernardino, sólidamente fundado en la teología escotista, fue al mismo tiempo, poético y caballeresco. La Virgen María es «Madonna», es decir, señora por excelencia. A Ella todo homenaje, a Ella el saludo del Angelus. «Oh vosotros que sois de Siena —decía a sus conciudadanos en 1427—, cuando en la tarde suena el *Ave María* haced que desde entonces en adelante os arrodilléis, quitándoos la capucha por amor a Ella, rogándole, por último, que nos conceda aquello de que tenemos necesidad. Y digo que le hagáis esta reverencia tanto si estuvierais fuera de casa como si estuvierais en casa. Y lo digo tanto a vosotras mujeres como a los hombres; haced que este nombre de María lo tengáis en reverencia y devoción... Y para que sepas cómo Ella no es ingrata cuando tú la saludas, aunque no le ruegues, Ella se vuelve hacia ti, recibiendo tus palabras con el mismo afecto que las dices; y si tú le ruegas con reverencia y fe ¿qué crees que Ella hace? Está la Reina Madre de Dios a tu derecha y ruega por ti».

De él dicen los mariólogos que los temas marianos de sus sermones están tan maravillosamente elaborados, que merece contarse entre los grandes doctores marianos de la alta edad media. Espiguemos entre sus escritos:

El misterio de María. «El misterio de la Madre de Dios es sublimísimo para reverenciarse, devotísimo para tratarse, dulcísimo para contemplarse.

Elevemos, pues, e iluminemos con todas nuestras fuerzas el entendimiento a Aquella que, con su rigor, dulzura y esplendor, inflama las almas piadosas; inflamadas, las ilumina; iluminadas, las robustece, para que sepan, quieran y puedan seguir los vestigios de su Hijo».

Cálido encomio de la Virgen. «María fue la más noble creatura creada; ninguna existió nunca que fuese de tanta dignidad como María; digo, según el mundo. Y aún diré más, que según el poder de Dios nunca existió ninguna, tan ennoblecida como Ella. Dios puso en Ella tanto poder cuanta nobleza es capaz de dar».

María, Madre de toda gracia. «Desde que la Virgen concibió en su seno al Verbo de Dios, adquirió cierta como jurisdicción sobre todos los dones del Espíritu Santo; de tal manera que, desde entonces, nadie puede alcanzar gracia alguna de Dios sin que pase por las manos de María».

Y en otro lugar, en su sermón III sobre el nombre de María, afirma categóricamente: «Esta afirmación es verdadera: al poder divino están sometidas todas las cosas, y entre ellas la Virgen. Y también es verdad que al imperio de la Virgen obedecen todas las cosas, aun el mismo Dios».

María, Madre espiritual de los hombres. «La Virgen es Madre de todos los que aman a Cristo, por medio de la infusión de la gracia invisible».

«La Virgen al dar su consentimiento recibió en sus entrañas a la salvación de todos los elegidos, y por este consentimiento se consagró de tal modo a la salvación de todos que desde entonces nos llevó en sus entrañas como verdadera Madre a sus hijos».

Dispensadora de todas las gracias. S. Bernardino expone brillantemente la doctrina de la Mediación universal de Nuestra Señora.

«Esta Virgen al dar su consentimiento mereció... el primado del mundo, el dominio sobre todas las criaturas y el cetro real. Tú eres la dispensadora de todas las gracias. Tú... la raíz y el ornamento de toda salvación.

Todos los dones, las virtudes y las gracias del mismo Espíritu Santo, son concedidas por sus manos a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y cuanto Ella quiere... De todas las gracias concedidas al género humano, Dios es el dador general, Cristo el Mediador general y la gloriosa Virgen es la *Dispensadora general*.

Toda gracia, comunicada a este mundo, tiene un triple proceso: de Dios a Cristo; de Cristo a la Virgen; y de la Virgen a nosotros, de una manera ordenadísima».

«Como a través del cuello se difunde desde la cabeza la vida a todo el cuerpo, del mismo modo las gracias vitales continuamente se transmiten desde la cabeza, que es Cristo, a su cuerpo místico por la Virgen, y de una manera especial a sus devotos y amigos».

María, la escala del cielo. «La B. Virgen es la escala de Jacob, que en su parte más alta llega al cielo, y lleva, por tanto, a él. Por eso las almas santas que van a la gloria celestial ascienden por esta escala».

El nombre de María. «Por este nombre el corazón se purifica, se ilumina la mente, inflámase el alma, se ablanda el pecho, endúlzase el gusto y el afecto se hermosea».

Debemos venerar a María. Insiste en sus sermones sobre el deber gratísimo de venerar a la Virgen.

«Porque, aunque tú —dice— no tuvieses necesidad de Ella, estarías obligado a venerarla porque es Madre de Dios. No ha existido ninguna criatura más digna de gloria y honor que Ella».

«Hecha Virgen Madre de todos, tomó el cargo de abogada y piadosa auxiliadora... solícita por sus hijos, aun sin ser requerida, acude al Hijo de Dios, diciendo: No tienen vino. Si llevó a cabo esta obra sin ser rogada, ¿qué hará cuando se la ruega? Si esto lo hizo viviendo, ¿qué hará reinando ya en el cielo».

LLAMADA A VIVIR EL CUARTO MANDAMIENTO:

Honrar al padre y a la madre

«**H**onra a tu padre y a tu madre como te ordenó el Señor, tu Dios» (Dt 5, 16). San Pablo, escribiendo a los Efesios, recuerda a los hijos este mandamiento, dado por Dios a toda la humanidad: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, éste es el primer mandamiento que va acompañado de una promesa: para que te vaya bien y vivas largo tiempo en la tierra». (Ef 6, 1-3)

Según el mandato del Señor debemos respetar esta ley no sólo para ser felices en la tierra, sino sobre todo para evitar-nos la desgracia eterna, ya que proceder de modo contrario deshonrando a los padres, es obrar contra la justicia y la caridad, constituyendo por eso mismo un pecado grave que nos puede llevar a la eterna condenación. «**Quien maldijere al padre o a la madre, será condenado a muerte**» (Ex 21, 17).

Pero la observancia de este precepto no se limita sólo a respetar a los padres, sino que abarca toda autoridad legítimamente establecida por Dios. Por eso San Pablo, después de decir que los hijos obedezcan y respeten a los padres, exhorta a los súbditos a obedecer a los superiores y a los siervos a obedecer a sus amos con sinceridad de corazón como quien lo hace por el Señor.

Estas palabras son una llamada a la fe: servir a nuestros superiores, viendo a Dios en ellos y esperando de Dios la recompensa por nuestro obrar.

Todo el que desee agradar a Dios y seguir las enseñanzas de Nuestra Señora, ha de practicar esta obediencia a la autoridad legítima, incluso cuando quienes la ejerzan obren mal. Ejemplo de ello nos dio Nuestro Señor cuando se sometió al Sanedrín y a las autoridades romanas que lo condenaron a muerte.

Sólo podríamos eximirnos de esta obediencia cuando lo que nos manden

los superiores sea ciertamente pecado y contrario a la ley de Dios, pues en ese caso no estarían ellos representando a Dios y deberíamos entonces responder como los apóstoles: **«hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»** (Hch 5, 29).

Podemos recordar aquí el ejemplo de la pastorcita Lucía cuando su madre, dudando de la veracidad de su hija y abrumada de sufrimientos a causa de las apariciones de la Virgen, quiso obligar a la niña a decir que había mentado.

Lucía, que amaba y respetaba enormemente la autoridad materna, no pudo obedecer en este caso, pues ello suponía cometer un pecado. Por eso le contesta: **«Pero madre, ¿cómo voy a decir que no vi, si yo vi?»**.

Y también los niños estuvieron dispuestos a dejarse matar y quemar vivos en aceite hirviendo antes que desobedecer el mandato de Nuestra Señora de no revelar el secreto que les había confiado. Es un caso muy gráfico y aleccionador porque nos enseña que, ante autoridades malévolas, los niños no les faltaron al respeto y obedecieron dentro de lo que entendían que no era ofensa a Dios. Pero cuando se trataba de escoger entre obedecer a Dios o a las autoridades, no dudaron en optar por Dios, aún a costa de grandes sufrimientos.

A parte de estas situaciones, debemos considerar a nuestros superiores como padres; amarlos, servirlos, honrarlos como enviados por Dios para que, como siervos de Dios —porque su misión es también un servicio—, nos auxilién, guíen y conduzcan por los caminos de la vida.

Y acordémonos que enviados de Dios somos todos, cada uno en el lugar donde Él nos ha puesto: los hijos son enviados por Dios a los padres para que los críen y eduquen; los maestros son enviados por Dios para enseñar a sus alumnos; y así todo es servicio, sea como padres, sea como maestros o sea como hijos, alumnos o trabajadores. Todo es servicio en nombre del Señor.

Esta doctrina es ratificada por las palabras del Señor: **«En verdad, en verdad os digo: quien recibe al que yo envíe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe al que me ha enviado»** (Jn 13, 20).

Y, puesto que somos cristianos, todos debemos volvernos siervos de nuestros hermanos; debemos servirlos con amor, con respeto por la personalidad y la dignidad de cada uno, porque la dignidad no está en el lugar que se ocupa, sino en que somos hijos de Dios creados a su imagen y semejanza.

De igual modo, todos los cristianos, como miembros de la Iglesia, deben sentirse siervos de Dios puestos al servicio de su designio salvador, a semejanza de Cristo que vino **«a servir y dar Su vida en rescate por muchos»** (Mt 20, 28). Por eso el Papa, representante de Cristo, jefe y cabeza visible de su Iglesia se designa «siervo de los siervos de Dios». Así, este precepto que nos manda honrar al padre y a la madre abarca toda la autoridad que, cerca de nosotros, como nuestros padres, representa a Dios y fue constituida por Él. De esta manera la Iglesia fue instituida por Cristo para servir a Dios y al pueblo de Dios; por consiguiente, debemos respetarla, amarla y seguir sus enseñanzas.



ERA UNA Señora MÁS brillante QUE EL Sol

«13 de mayo de 1917. Mediodía. Pasadas las lluvias de abril, después de los días fríos y ventosos del invierno, los pastos se visten de verde como regalo a los rebaños y a los pastores.

Mes de mayo, mes de las flores —Mes de María— la Flor sublime que encantó con su belleza al Rey de la creación. Fue un hermoso 13 de mayo que luminosa Flor del Cielo vino a embalsamar con su perfume a la tierra.

Acabada la Misa del domingo, los Pastorcitos vuelven a casa y salen con su merienda y con las ovejitas camino a Cova da Iria. Jugaban, cuando de repente, un relámpago los asustó. Levantaron sus ojos al cielo para ver qué pasaba. Un sol esplendoroso y todo en calma. Lucía decide que es mejor irse. Los primos asienten. Están ya bajando la ladera. Otro rayo más fuerte. Espontáneamente giran a la derecha. Sobre la copa de una pequeña encina, **una Señora vestida de blanco**, más brillante que el sol, irradiando una luz, más clara e intensa. Les dice:

—**No tengan miedo... Soy del cielo... Sí, también [ustedes] irán cielo...**

Qué gran regalo, qué gran alegría. La Flor más bella del cielo ha bajado a la tierra... Desde ahora: no tengamos miedo, no, no, María, esa Señora tan bonita, ha venido y quiere ser la eterna primavera de nuestra vida». (Extractos de *Era una Señora más brillante que el sol*, de Joao De Marchi)

Apóstoles de Santa María (V)

EL REINADO DE MARÍA

El celo apostólico resplandece en muchas asociaciones de laicos. Una muy conocida es la Legión de María. También el **Reinado de María** aspira a un trabajo organizado para poner el mundo a los pies de María Reina.

El Reinado de María con su devoción y entrega a la Santísima Virgen, quiere, como propone San Luis María, establecer más perfectamente el amor a Jesucristo para nunca separarse de este amor. «No anteponer nada al amor de Cristo» (San Benito). Y la devoción a María es necesaria «para hallar a Jesucristo perfectamente, para amarlo tiernamente y para servirlo fielmente» (VD 62).

Para obtener estos fines, se basa en diversas actividades apostólicas de formación (círculos o cenáculos marianos) y de apostolado directo (procesiones, visitas domiciliarias, visitas de la 'Virgen peregrina' o su cuadro, Misas de consagración, Primeros sábados de mes, etc.).

Lo principal es ser luz para iluminar, santos para santificar. Así los miembros y las personas inscritas que lo deseen, se consagran para primero ser ellos 'luz' de María, y así poder irradiarla. Llevar una vida de imitación de sus virtudes, de unión con ella con todo su corazón, su voluntad, sus obras... Como decía la Venerable Teresita González-Quevedo: «Madre mía, que quien me mire te vea».

Paralelo a esta vida de unión con la Inmaculada, se ejerce el apostolado directo. Cada uno según sus posibilidades.

El Reinado de María se ha extendido por varios países de América y en España, con más de un millón de inscritos, y numerosos miembros activos.

En las parroquias y diferentes agrupaciones que lo soliciten podrá establecerse un **Cenáculo mariano**. Al frente del mismo estará un Coordinador o Coordinadora. Será el organizador y administrador del cenáculo mariano que dirige. Estos cenáculos son las células que aúnan a todos aquellos que quieren seguir la espiritualidad práctica del RM (oración, penitencia, apostolado).

Hay un principio primordial para los miembros del Reinado, que por sí mismos son la misma flaqueza, y es: '**Mi inmaculado Corazón triunfará**'. En nombre de este Corazón llevan a cabo su obra.

Demos gracias a Dios por darnos a la Virgen con un Corazón Inmaculado. Ese Corazón va a triunfar.

El secreto del éxito: consultar a María en la actividad apostólica.

Tiene gran importancia consultar con María en el apostolado para actuar siempre y únicamente en su nombre.





Puede parecer inútil, sobre todo a los temperamentos precipitados, consultar a la Virgen: ya saben lo que han de hacer, y cómo hacerlo. ¿Saben lo que han de hacer? Sin embargo, ¡cuántos pasos se dan y hubieran debido no darse, y cuántos otros se omiten y hubieran debido darse! ¡Y cuántas veces se fracasa por no haber dado bien aquel paso!

Aun cuando se sepa lo que se ha de hacer y cómo hacerlo, y que al consultarlo con María no se halle nada que cambiar, en lo que se había previsto, siempre existe la inmensa diferencia entre obrar en su propio nombre y obrar en nombre de María. La actividad exterior puede ser idéntica, ‘el resultado sobrenatural es del todo diferente. Difieren tanto como un cheque de mil dólares sin firmar y un cheque firmado.

Hasta se da una diferencia natural entre ambas actitudes: y es que después de haber recibido la aprobación de María para aquello que la hemos sometido, vamos adelante con una confianza inquebrantable en el éxito, confianza que nos falta cuando obramos en nuestro propio nombre. Y la confianza es un factor natural del éxito.

Antes de cada acción apostólica, el alma mariana consultará a su Madre sobre la manera de hacer el mayor bien posible a las almas, y después de la acción, verá con María si el éxito ha respondido a la esperanza, para darle gracias en el caso afirmativo, o para darse cuenta de cómo proceder mejor en otra ocasión.

En las circunstancias especialmente delicadas, en particular cuando se ha de dar un consejo o hacer una advertencia, el alma mariana tendrá cuidado de no hacer nada sin consultar primero con su celestial Consejera.

Las novicias de Santa Teresa del Niño Jesús le manifestaban un día su sorpresa al verla adivinar hasta sus más íntimos pensamientos. «He aquí mi secreto —les respondió—: jamás os hago una advertencia sin haber invocado antes a la Virgen; le ruego me inspire lo que mayor bien haya de haceros; y yo misma estoy extrañada con frecuencia de las cosas que os enseño. Siento sencillamente, al decíros las, que no me equivoco, y que Jesús habla por mi boca».

¿Fue Nuestra Señora quien sugirió a su fiel discípula, Edel Mary Quinn, la resolución de «jamás hacer una a advertencia sin someterla primero a la Santísima Virgen»? Tal vez; mas su constante unión con María le hubiera bastado para hallarla ella de por sí.

Quizás le ocurra al apóstol de María equivocarse, sobre todo si ha obrado con precipitación y sin volver su mirada hacia María. Entonces le rogará deshaga el entuerto de manera que no redunde en daño de las almas.

Tropezará quizás con fracasos. Hablará de ellos a su Madre. Si son verdaderos fracasos, será que se ha olvidado de obrar en nombre de María, y la lección le será provechosa. Si lo son tan sólo a los ojos de los hombres, Ella los hará servir al triunfo de su Causa. En todos los casos, junto a Ella hallará luz y fuerza.

Así, aun cuando sus talentos sean limitados, hará un gran bien a las almas, porque permitirá a María obrar por él conforme a sus intenciones, y los talentos de María, lo mismo que sus intenciones, son siempre infinitamente vastos. Para el apóstol es un principio primordial: «Sin María, no hay éxito posible; con María, no es posible el fracaso».

"Si conocieras el don de Dios...

TÚ LE HABRÍAS PEDIDO A ÉL,
Y ÉL TE HUBIERA DADO AGUA VIVA". (JN 4, 10)



El agua viva es el agua con movimiento, vitalidad, dinamismo, en contraposición a las aguas estancadas. El agua viva, principio de actividad sobrenatural, simboliza la abundancia de gracias que el Espíritu Santo difunde en las almas y la vida sobrenatural que Cristo trajo al mundo.

En el Antiguo Testamento, «el agua viva» simboliza la acción de Dios, anticipa los efectos de esa agua viva que promete Jesús con su venida. En este sentido, podemos citar: el agua que brotó de la roca al ser golpeada con la vara de Moisés (*Ex 17,25*); las promesas que trae el profeta Isaías (*Is 12, 3*) representando a Cristo que hace brotar de su corazón las fuentes vivificantes. «¡Oh vosotros, sedientos todos, venid a las aguas ¡Venid también los que no tenéis dinero, ...!»! Todo se da gratis, pero es para los que lo desean, para los que están sedientos de verdad y de vida.

Los santos padres han aplicado estas referencias al agua, a la gracia y dones del Espíritu Santo, a los sacramentos y a las bendiciones que nos ha conquistado y merecido Jesucristo. Él mismo habló del agua viva de su palabra (*Jn 4,10*) y del río de agua viva que mana de su seno que es el Espíritu Santo (*Jn 7, 37*). Jesús es la vida y comunica esa vida. El río de la vida todo lo vivifica, como el río que en la Jerusalén celestial brota del trono de Dios y del Cordero (*Ap 22, 1*). El agua que fluye es el símbolo de la vida inmortal perpetua renovada. Cristo es ese río desbordante que llega a hacerse mar sin orillas. Sus bendiciones superan lo que el más ambicioso pudiera imaginar.

Jesús es superior a los patriarcas al decir que quien bebe de esa agua en primer lugar no

volverá a tener sed, y Él mismo se convertirá en fuente de agua que salta hasta la vida eterna. El medio para acceder a esa nueva vida es el bautismo que borra el pecado original y hace hijos de Dios. Con esto Jesús quiere dar a conocer la vida espiritual que Dios dispensa y las gracias de todo tipo derramadas por Dios a través suyo y la donación de gracias del Espíritu Santo y toda su acción santificadora e iluminadora que se da gratis para los que desean y están sedientos.

Para apagar la sed en esta fuente inagotable, cuyas aguas frescas y agradables al gusto manan sin cesar, no hay sino llegarse a ella con sentimiento de fe y amor. Mas el que haya bebido de esta maravillosa bebida se convertirá él mismo en fuente de abundosas aguas.

El encuentro con el Señor produce una profunda transformación en quienes no se cierran a Él. El primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro. No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús.

Cristo es la fuente de la vida nueva que nos ha dado el Padre en el Espíritu Santo. San Juan lo proclama: «*de su seno correrán ríos de agua viva*» (*Jn 7, 38*). Esta agua que corre, esta agua viva que Jesús prometió a la

samaritana y que los profetas Zacarías y Ezequiel la vieron brotar del costado del templo para hacer fecundas las aguas del Mar Muerto, es una imagen maravillosa de la promesa de vida que Dios hizo a su pueblo y que Jesús vino a cumplir.

La Iglesia como Cuerpo de Cristo, ha recibido la misión de anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra (*Mt 28, 19*), es decir, transmitir a los hombres de nuestro tiempo la buena nueva, que no sólo ilumina, sino que también cambia su vida, hasta vencer incluso a la muerte.

Esta buena nueva no es sólo una palabra, sino una Persona; ¡es Cristo mismo, resucitado, vivo! Por la gracia de los sacramentos, el agua que brotó de su costado abierto en la cruz, se ha convertido en una fuente rebosante, en «ríos de agua viva», en un caudal que nadie puede detener y que da nueva vida. Los cristianos no pueden tener sólo para sí lo que han recibido. No pueden confiscar este tesoro y esconder esta fuente. La misión de la Iglesia no es defender poderes ni obtener riquezas; su misión es dar a Cristo, compartir la vida de Cristo, el mayor bien para el hombre, que Dios mismo nos entrega en su Hijo.

Encomendemos a la Virgen María, Madre de Dios y esclava del Señor, nuestro deseo de servir al Señor. Ella oró en el Cenáculo juntamente con la comunidad primitiva, a la espera de Pentecostés. Junto con Ella, pidamos a Cristo nuestro Señor: Envía, Señor, tu Espíritu Santo sobre toda la Iglesia, para que habite en cada uno de sus miembros y los transforme en mensajeros de tu Evangelio.



La gloria de la Trinidad en

PENTECOSTÉS

En la catequesis del 31 de mayo del año 2000, San Juan Pablo II hacía referencia a la gloria de la Trinidad en el misterio de Pentecostés. Recordamos las palabras del Papa mariano:

«El Pentecostés cristiano, celebración de la efusión del Espíritu Santo, presenta varios aspectos en los escritos neotestamentarios. El pasaje de San Lucas, de los *Hechos de los Apóstoles* es el más inmediato en la mente de todos, en la historia del arte e incluso en la liturgia.

San Lucas sitúa el don del Espíritu dentro de una teofanía, es decir, de una revelación divina solemne, que en sus símbolos remite a la experiencia de Israel en el Sinaí (cf. *Ex* 19). El fragor, el viento impetuoso, el fuego que evoca el fulgor, exaltan la trascendencia divina. En realidad, es el Padre quien da el Espíritu a través de la intervención de Cristo glorificado. Lo dice san Pedro en su discurso: “Jesús, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado, como vosotros veis y oís” (*Hch* 2, 33). En Pentecostés, como enseña el *Catecismo de la Iglesia católica*, el Espíritu Santo “se manifiesta, da y comunica como Persona divina (...). En este día se revela plenamente la santísima Trinidad” (nn. 731-732).

En efecto, toda la Trinidad está implicada en la irrupción del Espíritu Santo, derramado sobre la primera comunidad y sobre la Iglesia de todos los tiempos como sello de la nueva Alianza anunciada por los profetas (cf. *Jr* 31, 31-34; *Ez* 36, 24-27), como confirmación del testimonio y como fuente de unidad en la pluralidad. Con la fuerza del Espíritu Santo, los Apóstoles anuncian al Resucitado, y todos los creyentes, en la diversidad de sus lenguas y, por tanto, de sus culturas y vicisitudes históricas, profesan la única fe en el Señor, “anunciando las maravillas de Dios” (*Hch* 2, 11).

(...) Sin embargo, en el Nuevo Testamento hay otro relato que podríamos llamar el *Pentecostés de san Juan*. En efecto, en el cuarto evangelio la efusión del Espíritu Santo se sitúa en la tarde misma de Pascua y se halla íntimamente vinculada a la Resurrección. Se lee en san Juan: “Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz esté con vosotros’. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: ‘La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío’. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados;

a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (*Jn* 20, 19-23).

También en este relato de san Juan resplandece la gloria de la Trinidad: de *Cristo resucitado*, que se manifiesta en su cuerpo glorioso; del *Padre*, que está en la fuente de la misión apostólica; y del *Espíritu Santo*, derramado como don de paz. Así se cumple la promesa hecha por Cristo, dentro de esas mismas paredes, en los discursos de despedida a los discípulos: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (*Jn* 14, 26). La presencia del Espíritu en la Iglesia está destinada al perdón de los pecados, al recuerdo y a la realización del Evangelio en la vida, en la actuación cada vez más profunda de la unidad en el amor.

El acto simbólico de soplar quiere evocar el acto del Creador que, después de modelar el cuerpo del hombre con polvo del suelo, “insufló en sus narices un aliento de vida” (*Gn* 2, 7). Cristo resucitado comunica otro soplo de vida, “el Espíritu Santo”. La redención es una nueva creación, obra divina en la que la Iglesia está llamada a colaborar mediante el ministerio de la reconciliación.

El apóstol san Pablo no nos ofrece un relato directo de la efusión del Espíritu, pero cita sus frutos con tal intensidad que se podría hablar de un *Pentecostés paulino*, también presentado en una perspectiva

trinitaria. Según dos pasajes paralelos de las cartas a los Gálatas y a los Romanos, el Espíritu es el don del Padre, que nos transforma en hijos adoptivos, haciéndonos partícipes de la vida misma de la familia divina. Por eso afirma san Pablo: “No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo” (*Rm* 8, 15-17; cf. *Ga* 4, 6-7).

Con el Espíritu Santo en el corazón podemos dirigirnos a Dios con el nombre familiar *abbá*, que Jesús mismo usaba con respecto a su Padre celestial (cf. *Mc* 14, 36). Como él, debemos caminar según el Espíritu en la libertad interior profunda: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (*Ga* 5, 22-23).

Concluamos con una invocación de la liturgia de Oriente: “Venid, pueblos, adoremos a la Divinidad en tres personas: el Padre, en el Hijo, con el Espíritu Santo. Porque el Padre, desde toda la eternidad, engendra un Hijo coeterno que reina con él, y el Espíritu Santo está en el Padre, es glorificado con el Hijo, potencia única, sustancia única, divinidad única... ¡Gloria a ti, Trinidad santa!” (*Vísperas de Pentecostés*)».

“Nuestra misión en este mundo es ser como la Virgen María: que el Espíritu Santo pueda engendrar a través de nosotros a Dios”. (Madre M^a Teresa De Simone)



01-02) Jornadas marianas en Quilpué (Chile). 03-04) Jornada de espiritualidad y procesión en honor al Santo Patriarca San José en Bogotá (Colombia). 05) De prisa a servir... Trabajando y ¡sonriendo!, como María. Miembros del Reinado de María de Chile en una actividad benéfica. 06-08) Semana Santa en Fátima: jóvenes del Reinado de María, que se preparan para ser misioneras, se reunieron en estas fechas para acompañar al Señor en la cruz y vivir la Pasión de la mano de nuestra Madre.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org |

www.reinadodemaria.org

